## Ángel José Cappelletti

## Sentido del positivismo latinoamericano

## In Memoriam

Angel José Cappelletti murió el 24 de noviembre de 1995 en Rosario (Argentina), su ciudad natal. Después de terminar su doctorado en la Universidad de Buenos Aires en 1954 empezó como profesor de filosofía y lenguas en las universidades del Litoral y Cuyo (Argentina) y Montevideo (Uruguay). En 1969 se trasladó a Venezuela, donde fue profesor en la Universidad Simón Bolívar hasta pensionarse en 1988. Coordinó allí los estudios de Posgrado en Filosofía y en varias ocasiones fue Jefe del Departamento; posteriormente colaboró en el Posgrado de Filosofía en la Universidad de Los Andes. Sus ensavos aparecieron regularmente en la Revista Venezolana de Filosofía desde su inicio. Uno de sus últimos libros Positivismo y evolucionismo en Venezuela recibió el Premio Nacional de Ensayo en ese país; también en ese país fue honrado con la orden Andrés Bello.

Ángel José Cappelletti tuvo mucha relación con la Universidad de Costa Rica, en particular con la Revista de Filosofía, en la que aparecieron varios de sus artículos, y con el Programa de Posgrado en Filosofía, en el que impartió un curso en 1991 acompañado de charlas al público y de actividades con el Grupo de Lógica. Aceptó ser miembro del Consejo Académico del Instituto de Investigaciones Filosóficas.

Escritor incansable, su bibliografía completa llena muchas páginas. Mencionamos algunos de sus libros:

- Ensayo sobre los atomistas griegos (Caracas: Sociedad Venezolana de Ciencias Humanas, 1979)
- La filosofía de Anaxágoras (Caracas: Sociedad Venezolana de Filosofía, 1984)
- Lucrecio: la filosofía como liberación (Caracas: Monte Ávila Editores, 1987)
- Protágoras: Naturaleza y Cultura (Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia 1987)
- Las teorías del sueño en la filosofía antigua (México: Fondo de Cultura Económica, 1989)
- Hechos y figuras del anarquismo hispanoamericano (Móstoles, España: Ediciones Madre Tierra, 1990)
- La Estética Griega (Mérida: Universidad de los Andes, 1991)
- Introducción a la edición en español de la obra de P. Kropotkin El apoyo mutuo, factor de la evolución (Móstoles, España: Ediciones Madre Tierra)

Poco antes de morir Cappelletti envió a la Revista el artículo que ahora se publica, titulado "Sentido del positivismo latinoamericano". Que su publicación tardía en Costa Rica sirva de humilde homenaje a un insigne trabajador en el campo de la filosofía, cuyos numerosos amigos y conocidos en Costa Rica siempre lo recordaremos con aprecio y con admiración.

Luis A. Camacho N.

Summary: In Latin America, Positivism has an ambivalent socio-political meaning. On one hand, it is an ideological instrument in the struggle both against the hispanic-catholic culture of colonial times, and the vestiges of feudalism. On the other, by means of science exaltation, up to the level of a new religion, it serves both as the barrier which avoids to the autochthonous masses access to political power, and it is the key for the power of the new criolla bourgeoisie.

Resumen: El positivismo tiene en América Latina un sentido socio-político ambivalente. Por una parte es un instrumento ideológico en la lucha contra la cultura hispano-católica de la Colonia y contra los remanentes del feudalismo. Por otra, sirve, mediante la exaltación de la ciencia, elevada casi al rango de nueva religión, para evitar el acceso al poder de las masas autóctonas y para asegurar el dominio de las nuevas burguesías criollas.

Durante el medio siglo que transcurre entre el comienzo de la guerra franco-prusiana y el final de la primera guerra mundial, el pensamiento latinoamericano se desarrolla bajo el signo dominante del positivismo.

Esto no significa, sin embargo, que en dicho período haya habido una básica unidad filosófica en el mismo grado en que la hubo durante el período colonial, dominado por la Escolástica. En ésta se dieron, sin duda, escuelas diferentes (tomismo, escotismo, suarismo, etc.), pero la unidad básica estaba salvaguardada por la adhesión inexcusable a la cosmovisión católica y al dogma eclesiástico. El sentido social y político de la Escolástica era claro y consistía en asegurar en las colonias españolas y portuguesas el régimen de castas y la fidelidad a la monarquía absoluta.

En la filosofía positivista la unidad básica apenas estaba fundada en factores negativos: el rechazo de la teología y de la metafísica. Pero aún esto no resultaba enteramente claro, puesto que tampoco lo era el significado de los términos "teología" y "metafísica". De hecho, el propio Comte intenta fundar una nueva teología (y una nueva Iglesia), mientras algunos de sus descendientes intelectuales reinstalan nuevas formas de metafísica. Por eso, no puede extrañar que el significado social y político del positivismo resulte ambivalente.

Por una parte, los positivistas pretenden cancelar el orden esclavista y feudal vigente en los países colonizados por España y Portugal, así como la monarquía absoluta y el dominio cultural de la Iglesia católica. Por otra parte, sin embargo, con no menos vigor y empeño, desean impedir que el liberalismo se transforme en democracia; que la monarquía absoluta sea sustituida por una república popular; que a la esclavitud y al feudalismo le sucedan el ascenso de las clases inferiores y de las razas no europeas y, eventualmente, una sociedad sin clases.

Los positivistas latinoamericanos son liberales pero fuertemente anti-jacobinos; son republicanos pero no demócratas. Su ideal político sigue siendo la sociocracia, donde el poder, como en la *República* de Platón, corresponde a los sabios y, de ninguna manera, al pueblo en su conjunto. Su visión de la sociedad futura está dominada por la idea de la emancipación mental: se trata de liberar al esclavo, al siervo y al trabajador por el saber, es decir, por la ciencia, sustituyendo las viejas creencias religiosas por una cosmovisión científica y, al mismo tiempo, de sustraerlo a las ilusiones "metafísicas" del liberalismo radical y del socialismo.

"El positivista latinoamericano -dice Zea- se considera continuador de la acción que para poner fin al coloniaje ha realizado el liberalismo. Los positivistas son, también liberales, pero realistas. La libertad no puede confundirse con la anarquía."

"Anarquía" quiere decir, sin duda, "democracia" y, sobre todo, "democracia directa" y "socialismo".

Pero éstos, según los positivistas, no se fundaban en la ciencia sino en la utopía. Por eso, no podían tener éxito en las nuevas repúblicas. Era preciso, pues, fundar la independencia nacional sobre sólidos fundamentos científicos, para sustraerla a la "anarquía".

Luis Pereira Barreto, en la "Carta Prefacio" de su obra *Las tres filosofías*, publicada en 1874, dice: "Los conflictos que los libres pensadores pretenden resolver resurgirán inevitablemente, y quizás más terribles, después de la división, si no protegemos a la sociedad desde este mismo momento mediante las convicciones inquebrantables que emanan de las ciencias positivas. La divulgación de las verdades científicas es el único dique eficaz contra la ola del "ultramontanismo"... Por otra parte, todos confiesan abiertamente que hasta el momento ha sido imposible la existencia de una política especialmente popular; aprovechamos,

pues, esta oportunidad para demostrar de manera concreta que la nueva filosofía es la única capaz de constituirla a cabalidad. No venimos a perturbar el orden, sino a ocupar un lugar impreciso debido a la extinción gradual y normal de las antiguas creencias. Vemos el organismo social como a un gran enfermo, al cual le hemos aplicado toda clase de terapias, de medicamentos empíricos y racionales, de analgésicos y fortificantes, de paliativos e intempestivos, y, ya que el mal continúa, nos preguntamos si no será va el tiempo de sustituir el empirismo y el racionalismo por el punto de vista puramente naturalista, tal como lo está haciendo con buenos resultados la medicina moderna o científica. En otras palabras, agotados todos los recursos, gastados todos los engranajes de un mecanismo que casi durante un siglo han hecho oscilar constantemente la sociedad entre la teología, que lleva al retroceso para salvar el orden, y las invasiones metafísicas, cada vez más importantes y que en el frenético afán del progreso sobrepasan fatalmente el objetivo hasta conducirnos a la anarquía, ¿qué haremos?". Y sintetizando, poco más adelante, añade Pereira Barreto: "A nuestro modo de ver, el mayor mal que hoy amenaza la sociedad consiste en los intentos prematuros de reconstrucción política basada en una confusión empírica, cuando en realidad la urgencia de los reclamos populares indica terminantemente, como primer paso, la reconstrucción espiritual basada en la ciencia demostrable".

Las ciencias de la naturaleza debían cultivarse, para los positivistas, por la necesidad de desarrollar la técnica y por la enorme eficiencia que habían demostrado al aplicarse a la industria, a la agricultura, a la salud, a la educación, etc. Pero debían cultivarse, sobre todo, en cuanto constituían el único sólido fundamento de una concepción del mundo, del hombre y de la sociedad.

Dicha concepción "positiva" del mundo y de la sociedad, tenía que contener el desenfrenado espíritu crítico (de la metafísica o de la dialéctica) que representaba una concepción "negativa", y desembocaba en la "anarquía" y en el socialismo. Pero, al mismo tiempo, debía barrer con los restos de la teología y de la Escolástica, que sustentaban aún el viejo orden esclavista y feudal, no mediante una crítica dialéctica (como la ejercida por los "metafísicos" racionalistas o empiristas) sino "positivamente", presentando un cuerpo de sólidos conocimientos "científicos". La ciencia adquiere así el carácter de una nueva "revelación", cuyas conclu-

siones tienen la solidez y el carácter inapelable del dogma. No debe sorprender, pues, que tal "cientificismo" desemboque muchas veces en una nueva metafísica, como el monismo materialista de Razetti o el monismo espiritualista de Villavicencio, en Venezuela, o como la metafísica inductiva de Ingenieros, en la Argentina. Pero, sobre todo, no debe sorprender que en Brasil y en Chile se haya desarrollado también una Iglesia positivista (Miguel Lemos, Jorge Lagarrigue, etc.)

De tal manera, el positivismo se convierte en la ideología de una burguesía en formación y en ascenso, que pretende liquidar los restos del feudalismo y de la cultura colonial ibérica y, al mismo tiempo, impedir el acceso al poder de las grandes masas populares, es decir, de los campesinos, los artesanos y del incipiente proletariado industrial.

Su tarea consiste en destruir la jerarquía social vigente durante tres siglos de coloniaje y la cultura católica peninsular que era inherente a dicho orden social, pero no sin impedir el advenimiento de un nuevo orden democrático y socialista. Se trata de combatir el pasado aristocrático conjurando simultáneamente el amenazador fantasma de un futuro proletario y popular.

En efecto, nada más eficaz que la ciencia para poner de relieve los ilusorios fundamentos del derecho divino de los reyes y de la mitología nobiliaria y para demostrar, sobre todo a partir del evolucionismo y las leyes de la herencia, la necesidad (y la justicia) de la supervivencia del más apto y de la raza mejor dotada.

La espada de doble filo de la filosofía positivista sirve a la nueva burguesía latinoamericana tanto para atacar los remanentes del pasado (aristocracia) como para conjuntar los peligros del futuro (proletariado). Con ella combate simultáneamente la monarquía y la anarquía, la Iglesia católica y la Internacional obrera.<sup>2</sup> Se trata de propiciar la evolución (científica) y de evitar la revolución (metafísica).

El uruguayo Martín C. Martínez, en un artículo titulado "Influencia del dogmatismo espiritualista en los problemas políticos", publicado en 1885, en los *Anales del Ateneo* de Montevideo, considera por eso que las únicas dos democracias sudamericanas exitosas son las de Brasil y Chile, donde primaron principios conservadores.

"El imperio se lo debe a su intuición monárquica, a la sabiduría con que D. Pedro I dirigió la evolución de la independencia, sólo comparable a la sabiduría con que su sucesor se ha manejado en medio del embate de los grandes partidos que dividen al país; y principalmente a que no hubo, como lo acabo de decir, revolución sino evolución de la independencia, lo que impidió la formación del caudillaje o del militarismo, y dio siempre en el gobierno imperial participación preeminente a la clase civil. Chile se lo debe al partido pelucón, formado casi todo de elementos católicos, que apenas bebieron en las fuentes agitadas de los pensadores racionalistas. Ese partido, al formular la constitución del año 33, se apartó de los entusiasmos liberalescos y estableció el sufragio restringido, la renovación poco frecuente de los poderes políticos, la presidencia nominalmente renovable cada cinco años, pero en realidad sólo renovable cada diez, pues se permitía la reelección, y Prieto y Bulnes fueron ambos reelectos; y, lo que vale más que formular Constituciones, consagró toda su energía a consolidar esos principios conservadores".

Esto, según el positivista uruguayo, ha dependido de la diversidad de los criterios filosóficos: Uruguay y Venezuela son para él frutos del racionalismo y la metafísica, que llenan las mentes "de fantasmagorías y de ilusiones", por su democratismo extremado y nivelador; Brasil y Chile preanuncian el positivismo, basado en la ciencia. "Por eso he esperado mucho del nuevo giro impreso al pensamiento público por la filosofía positiva y he dicho, hace ya años, que la política que de ella se derive con la fe de que las instituciones se elaboran lentamente, operará un saludable progreso en nuestros partidos de principios, atemperando las esperanzas exageradas y los desencantos prematuros".

El carácter ambivalente del positivismo latinoamericano hace que, en ciertos momentos y en determinados países, aparezca su faz "progresista", y en otros su faz "conservadora". Así, por ejemplo, aparece como fuerza modernizante allí donde la esclavitud no ha sido aún abolida, como en Brasil, o donde existe en forma larvada, aunque legalmente haya sido suprimida, como en Colombia, Perú o Venezuela. También en circunstancias en que se lucha por la enseñanza pública y laica, como en Argentina y Uruguay; en que se trata de sustituir la monarquía por la república, como en Brasil; en que se trata de intercomunicar las regiones de un país y de dotarlo de ciertos servicios públicos y obras de infraestructura, como en Argentina y Venezuela durante las tres últimas décadas del siglo XIX.

Por el contrario, aparece como fuerza conservadora y aun reaccionaria, allí donde el pueblo,

tras las guerras de la independencia, se esfuerza, más o menos conscientemente, por convertir en realidades concretas los ideales de libertad e igualdad proclamados durante aquellas guerras. Allí donde el liberalismo amenaza con sacar las últimas consecuencias derivadas de sus principios y puede llevar a una forma de democracia directa y social; allí donde el federalismo parece dispuesto a traspasar los límites de la descentralización administrativa y del particularismo regionalista para transformarse en comunalismo autogestionario (según las tradiciones pre-hispánicas del ayllu y del calpul), el positivismo presenta como solución la "dictadura progresista". Constituye en México el partido de los "científicos", que apoya el continuismo ilimitado de Porfirio Díaz; formula en Venezuela la teoría del "gendarme necesario", encarnado en la tosudez cazurra de Juan Vicente Gómez.

Un brillante escritor positivista, Laureano Vallenilla Lanz, habla del "cesarismo democrático" y recoge, va en las décadas de 1920 y 1930, los elogios de fascistas italianos y franceses. Desarrolla largamente la oposición entre las constituciones de papel, ideadas por los doctrinarios liberales, y las constituciones reales, que deben defender los científicos sociales positivistas. Estas últimas proclaman, en Venezuela, el cesarismo democrático. Citando a Hipólito Taine, habla así Vallenilla del "gendarme necesario": "Si en todos los países y en todos los tiempos -aún en estos modernísimos en que tanto nos ufanamos de haber conquistado para la razón humana una vasta posición del terreno en que antes imperaban en absoluto los instintos- se ha comprobado que, por encima de cuantos mecanismos institucionales se hallan hoy establecidos, existe siempre, como una necesidad fatal, "el gendarme electivo o hereditario de ojo avizor, de mano dura, que por las vías de hecho inspira el temor y que por el temor mantiene la paz" (Taine, Les Origines t. 1 p.341), es evidente que en casi todas las naciones de Hispanoamérica, condenadas por causas complejas a una vida turbulenta, el Caudillo ha constituido la única fuerza de conservación social, realizándose aún el fenómeno que los hombres de ciencia señalan en las primeras etapas de integración de las sociedades: los jefes no se eligen sino se imponen. La elección y la herencia, aún en la forma irregular en que comienzan, constituyen un proceso posterior.

Es el carácter típico del estado guerrero, en que la preservación de la vida social contra las agresiones incesantes exige la subordinación obligatoria a un Jefe. Cualquiera que con espíritu desprevenido lea la historia de Venezuela, encuentra que, aún después de asegurada la independencia, la preservación social no podía de ninguna manera encomendarse a las leyes sino a los caudillos prestigiosos y más temibles, del modo como había sucedido en los campamentos".<sup>3</sup>

Es importante advertir, sin embargo, que las dos caras del positivismo no corresponden necesariamente a países y épocas diferentes, sino que se dan a veces en una misma época y país y aún dentro de la obra de un mismo autor. Así, por ejemplo, en la Venezuela de Gómez, mientras Vallenilla Lanz exalta al caudillo prestigioso y temible, Julio César Salas lo critica con fuerza (aunque sin nombrarlo) en su *Civilización y barbarie*, obra de título y espíritu sarmientino, elogiada por José Ingenieros, quien la considera "cartilla política" para América Latina.

Más aún, inclusive la obra de Vallenilla Lanz hay, junto al aspecto reaccionario, una faceta que podría considerarse también "progresista", ya que, en su polémica con el colombiano Santos, reivindica para Venezuela la gloria de haberse sustraído al predominio tiránico del clero y de la Iglesia católica, tan patente en la vecina Colombia.

La intrínseca ambivalencia del positivismo latinoamericano queda claramente revelada cuando se sigue su desarrollo lógico y cronológico: por una parte desemboca en actitudes abiertamente fascistas y aún anarquistas. Baste recordar, frente a Vallenilla Lanz y los "científicos" mexicanos, a José Ingenieros y Juan B. Justo en Argentina, a González Prada en Perú y a Flores Magón en México.

Con la independencia llega al poder en los nuevos estados latinoamericanos una clase criolla, integrada por comerciantes, militares y juristas. Esta nueva clase tiende a conformar una burguesía autóctona, que aspira a la propiedad de la tierra y va desplazando a los antiguos terratenientes hispanos y lusitanos. Se trata, pues, de una lucha entre la burguesía criolla y la feudalidad ibérica. La ideología adoptada por los nuevos burgueses no puede ser va la filosofía de la Ilustración, cuyo carácter crítico y negativo sirvió sin duda para atacar el viejo orden colonial y la cultura ibero- católica, pero no para construir el nuevo orden nacional burgués. Tampoco resultan útiles para tales fines el espiritualismo romántico (a veces fuertemente anti-católico) y el socialismo utópico, que más bien pueden alentar las aspiraciones de las masas populares de campesinos, artesanos y obreros. La única filosofía disponible era, pues, el positivismo. Con su confianza en la ciencia y su entusiasmo por el progreso técnico, podía brindar una nueva fe y constituir una revelación apta para corroborar el predominio de la burguesía criolla, para barrer con los restos del feudalismo y el colonialismo, para poner coto a las aspiraciones desmesuradas de la plebe.

El positivismo latinoamericano tiene primero sus fuentes en Francia (Comte); después en Inglaterra (Spencer). Sólo acude en segundo término a Alemania (Haeckel) y a Italia (Lombroso). Pero no por nada su gran modelo y su arquetipo son los Estados Unidos de América del Norte. Dos ilustres pensadores argentinos, a quienes podemos considerar pre-positivistas o, si se quiere, positivistas autóctonos y espontáneos, Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, así lo demuestran.

El primero de ellos expresaba, ya en 1852, en sus *Bases*, el deseo de que la educación científica generara en la República Argentina "el yankee hispanoamericano". Tres décadas más tarde, el segundo, escribía en su *Argirópolis*: "Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos Estados Unidos".

Los positivistas latinoamericanos admiran en la república del norte el progreso técnico, industrial y agrícola, la fuerza de sus iniciativas mercantiles, su economía pujante y expansiva, su eficacia administrativa; y, en lo político, la continuidad de sus gobiernos, la paz interna y el orden constitucional, el federalismo exento de caudillaje. Pero añoran, por encima de todo, el predominio de una burguesía vernácula que, al superar los extremos igualmente detestables del esclavismo y del igualitarismo libertario, asegura el orden y el progreso.<sup>4</sup>

## Notas

1. L.Zea, Pensamiento positivista latinoamericano, Caracas -1980- I p.XXXI.

2. J.Franco, Introducción a la literatura hispanoamericana - Caracas - 1970 - p.106.

3. L. Vallenilla Lanz, Cesarismo democrático - Obras completas - Caracas- 1983 - I p.79.

4. Hubo a fines del siglo XIX y comienzos del XX escritores positivistas, como Zumeta en Venezuela y Martí en Cuba, que se mostraron adversos al imperialismo yanqui, pero puede decirse que se trataba de pensadores que, inicialmente formados en el positivismo, tendían ya a traspasar sus fronteras hacia nuevas concepciones filosóficas (Nietzsche, Fouillèe, Guyau, etc.).